

## COLOR Y SONIDO EN LA LENGUA

1. Empiezo por unas palabras de explicación, de excusa si se quiere, por presentar o más bien enviar a este coloquio<sup>1</sup> una contribución que acaso no se acomode bien, no sé si por defecto o por exceso, al marco prefijado. Es, en un sentido, extremadamente humilde puesto que se reduce a comentar nuestro comportamiento en tanto que seres parlantes o animales simbólicos respecto a dos «espacios» sensoriales, comportamiento cuya diferencia radical contrasta con la aparente contigüidad de ambos campos de experiencia<sup>2</sup>. Produce cierta vergüenza el mostrar con el dedo algo que, además de ser la evidencia misma, es conocido y familiar para todos. Por ello mismo, sospecho que esta contraposición ha tenido que ser formulada explícitamente no una sino muchas veces. No la he encontrado, sin embargo, aunque esto sólo se debe probablemente a mi conocimiento insuficiente de la literatura. Creo, con todo, que, sin ninguna pretensión de originalidad, no será trabajo perdido volver sobre un punto que, aunque debiera ser un lugar común, no lo es, si no me equivoco mucho, entre lingüistas.

En otro sentido, hay en estas líneas, al menos en intención, algo que va más allá de lo propiamente semántico, y hasta de lo lingüístico a secas. Más de una vez he manifestado mi sincera convicción de que una aspiración muy legítima a la autonomía ha llevado a la lingüística —es decir, precisando y personalizando, a algunos lingüistas— a una política de aislamiento total, que a ninguna disciplina ha perjudicado tanto como a la nuestra. Me refiero, si hace falta señalarlo, a la «lingüística inmanente», programa no siempre aplica-

---

<sup>1</sup> El simposio de Semántica Estructural (Madrid, octubre de 1971).

<sup>2</sup> Por lo menos ambos son estudiados uno junto a otro en otras disciplinas.

do —sin duda por fortuna— consecuentemente. Después de acotar con mezquindad el campo de estudio, con lo que se creía deshacerse de una vez para siempre de una hueste de problemas molestos, se ha seguido proclamando, expresa o tácitamente, que la lingüística es el ombligo mismo del mundo científico, al menos en cuanto toca al hombre. Y es difícil que en una actividad específicamente humana como es la científica no se termine por tropezar con el hombre, de una manera o de otra.

De esa actitud se han seguido consecuencias tan dañosas como la inclinación a pontificar sobre cosas que se desconocen<sup>3</sup>. Lo malo no es el dogmatismo en sí, pecado en el que caemos bastantes, sino su fundamentación, que no es aquí la suficiencia personal, sino la profesional: si se es lingüista, cree uno tener asegurado (aunque nadie de fuera se lo reconozca, como es natural) su coto exclusivo, más su patente de corso en los vedados de los demás. Él está edificando sobre cimientos firmes y sólidos que ya no necesitan fundamentación, porque son fundamento de todo lo demás. Esto se traduce en semántica en la convicción de que la semántica, por así decirlo, lingüística es la semántica a secas y que, al haber ésta descubierto ciertas líneas de ataque que permiten un tratamiento fructífero de algunos problemas, ya no es menester preocuparse de si existe alguna otra disciplina del mismo nombre, cuyos problemas y métodos podrían tener alguna relación con los específicamente lingüísticos. Basta, a lo sumo, con anteponer a los manuales un capítulo introductorio donde los

<sup>3</sup> Baste como muestra lo que É. Buyssens stampa en la primera página de su artículo «Tautologies», *La linguistique*, 6, 1970-2, pág. 37 sigs.: «Les logiciens ne s'intéressent qu'à un type de phrase et cherchent à y ramener tous les autres types; ils négligent les phrases interrogatives, impératives et optatives; parmi celles qui restent —les assertives— ils ne considèrent que celles dans lesquelles ils pensent pouvoir reconnaître un sujet et un prédicat. Et il n'a pas manqué d'auteurs pour prétendre que la structure de ces phrases privilégiées représente fidèlement le fonctionnement de notre pensée». Dejemos a un lado lo del «funcionamiento de nuestro pensamiento», ya que el autor parece creer que han sido lingüistas los primeros en lanzar acusaciones de 'psicologismo'; pasemos también por alto su desconocimiento de que los lógicos se ocupen, y mucho, de funciones proposicionales de más de dos argumentos. En un compendio informativo como *Logičeskaja semantika i modal'naja logika*, Moscú, 1967, puede ver una contribución de A. A. Ivin sobre la teoría de las modalidades deónticas, seguida de una bibliografía de 213 títulos, donde el francés no está ausente, cuya lectura le bastaría para convencerse de que los lógicos también se han ocupado alguna vez, bien o mal, de los imperativos.

ojos puedan complacerse en la contemplación del consabido triángulo al cual, si se considera conveniente para fines decorativos, siempre se le pueden añadir lados.

2. El blanco a que apunto, otros dirán si con acierto, es una cierta forma de relativismo lingüístico, un punto de vista que parece estar muy generalizado, al menos entre nosotros. Como se trata más bien de un estado de ánimo que de una teoría, de una convicción compartida que se siente tan segura de sí misma que *va de soi*, basta, entre iniciados, con una leve alusión, un vago gesto, sin que haga falta una formulación explícita. La historia de las ideas ya es en sí tarea bastante ardua, pero todavía es más difícil, o requiere al menos métodos muy diferentes, el delinear la genealogía de una ideología más o menos de moda. Si se me permite una conjetura, me inclinaría a decir que esta manera difusa de pensar no debe demasiado a Humboldt ni a los «neo-humboldtianos» europeos: le falta, por lo menos, la preocupación, central en aquél, por las relaciones entre lengua y pueblo, por no hablar de los intentos de valoración que se repiten a lo largo de sus escritos. Tampoco creo que dependa demasiado del pensamiento muy matizado de Sapir ni de los ensayos vulgarizadores de Whorf<sup>4</sup>. Parece, en cambio, que, por aquí al menos, esta ideología está en relación directa con una determinada manera de entender el estructuralismo.

La raíz de todo está, a mi entender, en una concepción de las lenguas como sistemas cerrados y autosuficientes que Georges Mounin formuló con meritoria franqueza al tratar de un problema preciso en una obra conocida: «L'activité traduisante pose un problème théorique à la linguistique contemporaine: si l'on accepte les thèses courantes sur la structure des lexiques, des morphologies et des syntaxes, on aboutit à professer que la traduction devrait être impossible. Mais les traducteurs existent, ils produisent, on se sert utilement de leurs productions. On pourrait presque dire que l'existence de la traduction constitue le scandale de la linguistique contemporaine»<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Keith Percival, «A reconsideration of Whorf's hypothesis», *Anthropological linguistics*, 8, 1966, 8, págs. 1-12, sostiene con buenas razones que el relativismo de Sapir y Whorf era espurio. En su opinión eran simplemente antitradicionalistas dogmáticos.

<sup>5</sup> *Les problèmes théoriques de la traduction*, París, 1963, pág. 8.

Todos sabemos cuáles son estas «tesis corrientes» de «la lingüística contemporánea». Si una lengua —o un nivel lingüístico cualquiera dentro de una lengua— es un todo cuyos elementos nada son por sí, sino que se definen negativamente por su relación con todos los demás; si sólo cuenta la forma y no la sustancia, entonces la traducción es imposible. Con todo, como la conclusión contradice a la experiencia; mejor, como la conclusión está refutada por los productos más o menos felices de varios milenios de traducción, siempre es posible recurrir a los paños calientes y al forcejeo para que los hechos entren bien o mal en el marco estricto de las tesis, pilares incommovibles de una nueva ortodoxia.

Sería tan fácil como inútil perderse en especulaciones acerca de hasta qué punto habría admitido Saussure que estas y otras tesis se seguían legítimamente de su enseñanza<sup>6</sup>. Porque otra de las consecuencias sería que las lenguas, y hasta los estados de lengua, son simplemente distintas entre sí, sin que haya ni un más ni un menos en su diversidad. Esto va en contra, naturalmente, de la intuición, afirmada por la práctica de la traducción, de que tiene sentido pleno hablar de proximidad o de distancia con referencia a los sistemas lingüísticos. Todos sabemos, además, que esta cercanía o alejamiento no es del todo lingüística, sino que depende en buena medida del contenido cuyo vehículo han sido las lenguas que se comparan.

3. No hay manera de resumir, sin caer en simplificaciones injustas y hasta caricaturescas, algo que no es doctrina explícita y empleada para explicar fenómenos concretos, sino estado difuso de opinión que las más de las veces se queda en vagas declaraciones de principio: algo, en otras palabras, que es más folklore lingüístico que lingüística, aun entendida en el sentido más amplio posible<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Hay que señalar que Hjelmslev, acaso el más radical en su tentativa de llevar a sus últimas consecuencias los principios saussureanos, no rompió nunca con la «gramática general» de su primera época. Como es sabido, varios de sus estudios más conocidos están dedicados a categorías del lenguaje por encima de las fronteras lingüísticas.

<sup>7</sup> Estoy de completo acuerdo con lo que Coseriu (*Heft 1-2/1967 der Pädagogischen Provinz*, pág. 16) escribe en un contexto muy otro: «Wenn wir ... nach der Mehrzahl der geäußerten Meinungen über die Sprache urteilen dürfen, stellen wir fest, dass die Irrtümer, die Halbwahrheiten und Verwechslungen auf diesem Gebiet der gegenwärtigen Ideologie bei weitem überwiegen». Lejos de mí

Hay, sin embargo, ideas con las que uno se topa una y otra vez en libros y en artículos. Para hablar con propiedad, no hay un mundo común, sino varios. El mundo en que vivimos, nos movemos y somos está configurado para cada uno de nosotros no ya sólo por el lenguaje humano en general, sino por la lengua particular que hablamos. De ésta depende nuestro mundo sensible, incluida nuestra intuición de espacio y tiempo<sup>8</sup>, y también nuestro mundo inteligible; no falta quien sostenga que esa lengua determina también nuestras creencias, nuestras escalas de valor y nuestra conducta<sup>9</sup>. No se ve claro, o al menos yo no acierto a verlo, si los compartimentos en que estamos encerrados son totalmente estancos o no, ni si la reclusión a que estamos condenados es realmente perpetua. Parece, con todo, que en momentos de lucidez privilegiada o de suprema tensión de la voluntad podemos escapar de las celdas en que soñamos nuestros sueños privados y convivir despiertos en un universo compartido<sup>10</sup>.

Basta y sobra por ahora con este planteamiento, no infrecuente, de una relación de determinante a determinado entre la lengua, elemento colectivo, y el individuo, aunque no sería insensato tratar también de la relación inversa. Se prescinde además de la interacción, susceptible de muy distintas interpretaciones, entre lengua y cultura<sup>11</sup>, elementos ambos en que lo individual queda, si no anegado, al menos muy disminuido.

---

la pretensión de verme libre de tales tachas: creo, sencillamente, que el único camino hacia la claridad está en la exposición sincera de las opiniones personales, aun cuando sean disparatadas.

<sup>8</sup> Si uno puede fiarse de la traducción argentina, Ogden y Richards, *El significado del significado*, Buenos Aires, 1954, pág. 38 nota, afirman: «Lugares y tiempos son entidades muy típicas de origen verbal». Cf. F. Rodríguez Adrados, *Lingüística estructural*, II, Madrid, 1969, pág. 863 sig.

<sup>9</sup> Así, al parecer, J. O. Hertzler, en *Explorations in sociolinguistics*, Bloomington-La Haya, 1966 (= *IJAL*, 33, 1967, 4, part II), pág. 175: «The language structure (vocabulary, grammar, semantics) as it stands at any given time operates as a ready-made metaphysical framework by means of which we do all our perceiving and conceptualizing. It determines what we, its users, are aware, what we believe, what our conceptions of time and space are, how we pattern our thought, and how we act and operate in almost every physical, social, or intellectual situation».

<sup>10</sup> Cf. Adrados, *op. cit.*, pág. 863, sobre la posibilidad de salir del «círculo mágico» de la lengua.

<sup>11</sup> Tema que toco, aunque muy someramente, en *I Semana de Antropología Vasca*, Bilbao, 1971, pág. 307 sigs.

4. Más aún. Lo que sigue se constriñe a la percepción; más precisamente, a dos de los cinco sentidos tradicionales, vista y oído. Si se prescindiera de algún brillante ensayo culinario, han sido amplia y casi exclusivamente tratados en la literatura pertinente, aunque por razones muy diferentes y hasta opuestas, como se verá. Son también probablemente los campos mejor diferenciados para el común de los mortales.

Las sensaciones visuales y auditivas, reducidas a sus cualidades elementales, ofrecen la ventaja manifiesta de encuadrarse en un marco preciso de referencia: el físico. No intento sostener, ni es cosa que importe, que la física haya acertado a soterrar el noúmeno inaccesible. Es suficiente con que ese marco sea generalmente aceptado hasta por los que no son integristas del reduccionismo. El marco supone, como se sabe, una reducción de la cualidad a la cantidad: lo que intuitivamente nos es dado como cualitativamente distinto se diferencia por algo subyacente (frecuencia, amplitud, longitud de onda, etcétera) que sólo difiere en más o en menos dentro de ciertos umbrales, más allá o más acá de los cuales nuestra percepción, y por lo tanto las cualidades sensibles para nosotros, ya no existe: habrá, por ejemplo, cualidades perrunas, de las cuales también se ocupan los hombres, pero ya no cualidades humanas, por las que los perros parecen haber mostrado un curioso desinterés a lo largo de la historia. Admito que esta fundamentación física sea materia de creencia (*fides ex auditu*) más que de conocimiento directo para muchos de nosotros, humanistas de profesión (menos, sin duda, en el caso del sonido que en el de la luz), pero no por ello dejamos de admitirla como firme en el estado actual del conocimiento.

También admitimos, al menos desde que se descompuso y recompuso experimentalmente la luz blanca, que el color se nos presenta como un continuo, dentro del cual delimitamos zonas rotuladas por nombres distintos, por medio de los cuales conseguimos, con ayuda de la fortuna, entendernos y hacernos entender. Entre tales zonas rotuladas se dan relaciones de orden. Lo mismo da que partamos de un esquema lineal o de una representación tridimensional más compleja tomada de otras disciplinas: hay siempre colores contiguos a otros, colores que están entre otros, colores más próximos o más le-

janos unos de otros<sup>12</sup>. Ahora bien, la determinación de esas zonas, su número y su amplitud, la clasificación del color en otras palabras, no nace de la intuición personal, sino de la convención social. Dicho de otra manera, no la creamos o la modificamos a nuestro arbitrio los individuos: nos es impuesta por la lengua que nos ha sido transmitida a nosotros y a la comunidad lingüística a que pertenecemos<sup>13</sup>. Por consiguiente, como las lenguas son distintas, tampoco los colores son los mismos para los que hablan lenguas diferentes<sup>14</sup>. Y aquí algunos dan un salto mortal en el vacío para concluir: nuestra percepción del color está determinada por la lengua en cuyos rígidos moldes ha sido fraguada.

5. Introduzco en este punto dos breves digresiones. A poco que se piense en la diacronía, sorprende que la supuesta rigidez de esos moldes vaya acompañada de la más extrema variabilidad de una época a otra dentro de una misma continuidad lingüística: doy por sentado que sólo para el viejo (y eterno) comparatista son valores conmensurables ἔρυθρός, lat. *rubro*-, más lejos ind. ant. *rudhirá*-, más lejos aún irl. ant. *ruad*-, anglo-saj. *rēad*-, etc. En la lengua en que escribo, *amarillo*, *azul* (cf. fr. *bleu*), *bermejo*, *blanco* (cf. *Torralba*, *Torroba*, etc.), *gris*, *pardo*, *prieto*, etc., por no hablar de *blondo* o de *bruno*, tienen, cuando la tienen, una pobre ascendencia latina<sup>15</sup>. Los moldes, por inexorables que sean, son, pues, de forma y dimensiones fácilmente cambiantes.

<sup>12</sup> Remito para detalles a John Lyons, *Introduction to theoretical linguistics*, Cambridge, 1968, pág. 56 sigs., 429 sigs.

<sup>13</sup> Aquí se suele pasar por alto que, en las lenguas de pueblos que han alcanzado cierto grado de desarrollo, hay clasificaciones internacionales que conviven con las populares y en parte se sobreponen a ellas, no solamente en los estratos más cultos: en nuestro caso, los famosos colores del espectro. Lo mismo ocurre en campos (zoología, botánica, etc.) con taxonomía autónoma muy elaborada, que tiende a suplantarse a clasificaciones vulgares. He oído quejas de que en el Diccionario vasco de Azkue haya palabras traducidas por «ciempiés (insecto)», porque los insectos de la zoología, pero no los del pueblo, son y tienen que ser hexápodos.

<sup>14</sup> Dentro de una concepción estructuralista ortodoxa, la posibilidad de que dos sistemas sean isomorfos (o, para el caso, homomorfos), considerada por Lyons, puede descartarse como extremadamente improbable.

<sup>15</sup> De introducción muy reciente son, por ejemplo, *marrón*, y más aún, *beige*, pronunciado como cada uno quiere o puede.

Por otra parte, siempre dentro de la diacronía, campos tan bien delimitados como el del color están muy lejos de ser cerrados en sí mismos. La etimología más natural de *amarillo* muestra, por ejemplo, que el nuestro es permeable y que la mediación de las sustancias colorantes no es el único poro abierto. Esto se compadece perfectamente con lo que nos dicen los datos sincrónicos. Los etnólogos, bastantes de los cuales son relativistas mucho más consecuentes que los lingüistas, dirían que 'color', como 'parentesco'<sup>16</sup>, no por ser un campo semántico deja de ser una agrupación taxonómica tan arbitraria —o, si se quiere, tan ligada a una determinada cultura— como 'rojo'. Oposiciones como *verde / seco* (o vasco *heze*, extraño al campo del color, / *ihar*) muestran con evidencia cómo llegaron lat. *uiridis* y sus continuadores a ser ante todo designaciones de color<sup>17</sup>.

6. Lo que se aduce nada tiene que ver en absoluto con la percepción, sino simplemente con la clasificación y rotulación de los colores. Esto es tan obvio que cabe preguntarse si realmente hace falta proclamar trivialidades con una solemnidad fuera de lugar. Admitido, aun cuando conforme a lo expuesto no debiéramos admitirlo, que hay en las lenguas un campo acotado para el color, se piensa *a priori* que su organización no será siempre la misma: el número de zonas diferenciadas podrá no ser igual y, sobre todo, los límites de éstas no coincidirán. El hombre, al aprender otra lengua, tendrá que adquirir nuevas distinciones (es decir, aprender nuevas palabras y, más que nada, aprender a emplearlas debidamente), como la famosa rusa de *sinij / golubój*; olvidar otras (un francés tendrá que enterarse de que *parcial* corresponde tanto a *partial* como a *partiel*) y, siempre, conseguir por la práctica un sentido cada vez más ajustado de las complejas correspondencias entre términos que en primera aproximación ha considerado equivalentes.

Muy poco tiene que ver todo esto con la capacidad de discernir los colores, lo mismo que con esa facultad un tanto misteriosa de

<sup>16</sup> Para 'parentesco', cf. la discusión de Floyd G. Lounsbury, «Language and culture», en *Language and philosophy*, ed. Sidney Hook, Nueva York, 1969, páginas 3-29.

<sup>17</sup> Así, A. Ibiñagabeitia en su traducción vasca de las obras de Virgilio (Bilbao, 1966) emplea *heze* en la versión de *in uiridi cortice fagi*, pero usa un adjetivo de color para *uiridi in antro*.



combinarlos llamada gusto; lo único que la lengua determina es la terminología del color, hecho puramente lingüístico, y hasta cierto punto, por medio de ella, la clasificación espontánea de los colores<sup>18</sup>. Las variaciones, congénitas o desarrolladas por el ejercicio, en la finura o agudeza del sentido del color, son, por todo lo que sabemos, individuales, no patrimonio de colectividades. He tenido que asistir a discusiones entre dos personas de hábitos lingüísticos dispares sobre si dos partidas de lana de la misma calidad, teñidas en intención de un mismo color, eran o no lo suficientemente semejantes entre sí para pasar por iguales. El único punto común de referencia en la confusión casi babélica era un muestrario en que los «tonos» estaban señalados por números<sup>19</sup>.

Algunas declaraciones panlingüísticas harían pensar que la idea que todos, incluidos los lingüistas, nos hacemos del daltonismo requiere una revisión radical. Un daltónico no sería ya una persona incapaz de distinguir satisfactoriamente con la vista colores que otros distinguen, sino un individuo que no acierta a llamar ciertas cosas por su nombre. En tal caso, un curso de semántica estructural podría ser acaso el medio más eficaz de curarlo, si no se estimaba que su conducta antisocial merece ser castigada con arresto, prisión o reclusión, menor o mayor.

7. Si se pasa de la luz al sonido, la situación no es muy diferente, siempre que no nos salgamos de la mera designación. Pero al hablar de la luz nos hemos atendido al color, concebido como una cualidad que puede naturalmente sufrir cambios: es decir, a algo que en nues-

<sup>18</sup> Cf. Max Black, en *Language and philosophy*, pág. 33: «We readily detect and discriminate between thousands of colors for which we have no distinctive names, and the same is true of the Navahos and others who may draw color boundaries in different places». Ahora bien, en experiencias como la de Lenneberg y Roberts no se ha tomado en cuenta más que la categorización, como se dice un tanto pomposamente, a secas. Y, aunque no tengo de ellas más que un conocimiento muy indirecto, me atrevería a asegurar que sus resultados nada tienen de revolucionarios.

<sup>19</sup> Si la lengua *stellis numeros et nomina fecit*, tiene en su mano el poder de distinguir por el nombre infinitamente más matices de los que suele distinguir. Lo que ocurre es que las lenguas (es decir, quienes las usamos) no tienen el menor interés en introducir particiones más finas. Sobre todo cuando, como sucede en realidad, siempre se puede recurrir a denominaciones como *color ala de mosca*, por no citar otras más pintorescas o escabrosas.

tras lenguas se designa por medio de adjetivos o de verbos de estado y, cuando hay alteración, por verbos (*reverdecer, enrojecer, etc.*) que indican el estado a que se tiende o se llega. Por el contrario, el sonido parece presentársenos primordialmente como algo que sucede, como un proceso. De aquí el crecido número de verbos (*'Twas whispered in Heaven, 'twas muttered in Hell*) y de nombres verbales. Al lado de esto, la distinción de las cualidades sensibles del sonido parece vacilante; la calificación se hace a menudo con términos procedentes de otros campos (*tumidis sermonibus, uoce acerbissima*) o al menos no exclusivos.

Esta inseguridad ha sido sin duda la causa de que la determinación cualitativa en fonética, basada en la audición, haya sido tan a menudo en el curso de la historia impresionista e incoherente. Parece fuera de discusión que esto está relacionado con el hecho de que la percepción por el oído tiene unas características que la alejan mucho de la visual, pero, sea de ello lo que fuere, es innegable que la vuelta al camino indio, la traducción en términos consecuentemente articulatorios de las propiedades del sonido, nomenclatura que aún ahora conserva su valor, ha sido un claro progreso en la lingüística occidental.

Como la de la vista, la finura del oído, lo que en castellano se llama oído a secas, tampoco está ligado a la primera lengua del sujeto, ni siquiera a las demás lenguas que pueda adquirir, simultánea o sucesivamente. Es una variable individual, no independiente de la herencia. En todo caso, es un dato de experiencia diaria que la proporción de personas que pueden llegar a tocar bien el violín o incluso a cantar sin desafinar no es, por mucho que se les instruya y ejercite, tan grande como podría pensarse a primera vista.

8. Es igualmente de experiencia común que, bien al contrario, la inmensa mayoría de la gente puede hablar su lengua, pronunciar sus sonidos, al menos de una manera inteligible para otros miembros de su comunidad, salvo deficiencias graves que han padecido personajes más o menos famosos (como Tartaglia, don Serafín Estébanez Calderón y Gestapo Müller) y una turba de innominados. Y también, salvo excepciones reducidas, los miembros de una comunidad son capaces de interpretar en sonidos de su lengua lo hablado por otros.

Para nosotros, los sonidos en general y muy en particular los sonidos producidos por la voz humana se dividen claramente en dos conjuntos prácticamente disjuntos: los que se llaman articulados (los que, prodúzcanse como se produzcan, se suponen portadores de significado al menos en potencia) y los no articulados, que pueden ser indicio o síntoma, pero que, por expresivos que sean, no se confunden en principio con los primeros<sup>20</sup>. Es cierto que esta afirmación tendría que ser matizada con restricciones, pero las restricciones no hacen más que confirmar la separación. Podemos, por una parte, oír como articulados sonidos que no lo son (el toque de las campanas, por ejemplo), pero esto sólo muestra que somos capaces de conformar como por juego, pero con forma distinta según la lengua, hasta aquello que de suyo es informe. Y, aunque las γλωσσαι de que escribe San Pablo a los Corintios fueran «unintelligible sounds», según la definición de Souter, uno tiene la clara impresión de que se trataba de sonidos ininteligibles, sí, pero articulados. En otras palabras, un conocedor del griego y del arameo, iniciado en esos menesteres, habría podido perfectamente, sin poseer el don de interpretación, darnos transcripciones fonéticas aceptables de lo que oía.

Pero esta capacidad de discernimiento, que permite al miembro de una comunidad lingüística discriminar dentro de un continuo, independientemente de la generosidad o mezquindad con que ha sido dotado su oído, un cierto número de «elementos» o de «estaciones fonéticas», contrasta brutalmente con el conocido fenómeno de la sordera fonológica que todos hemos padecido más o menos en nuestra propia carne. Diferencias que para una persona de mal oído son claramente perceptibles y susceptibles de reproducción (porque lo

---

<sup>20</sup> Véanse las consideraciones de Humboldt, *Gesammelte Schriften*, ed. A. Leitzmann, VII, 1, 1907, págs. 57 y 66. Llega incluso a afirmar que la discriminación es natural en el niño («und es ist viel wahrscheinlicher, dass es auch im Kinde keinen Moment giebt, wo dies, wenn auch noch so schwach, nicht der Fall wäre»), en oposición a la doctrina aristotélica (cf. A. Pagliaro, *Il linguaggio. Capitoli di teoria e storia della teoria*, 1963-64, pág. 176). Ya en un escrito temprano (VII, 2, 581-583) se encuentran afirmaciones como ésta: «Solche Töne giebt es sonst in der ganzen übrigen Natur nicht, weil niemand, ausser dem Menschen, seine Mitgeschöpfe zum Verstehen durch Mitdenken, sondern höchstens zum Handeln durch Mitempfinden einladet».

auditivo y lo motor están aquí sin duda inextricablemente unidos)<sup>21</sup> no son, sin embargo, oídas por personas de oído finísimo y especialmente entrenado, hasta que no se les ha enseñado a reparar precisamente en ellas: el anecdotario, en parte no escrito, de los Atlas lingüísticos y de las encuestas dialectológicas está lleno de historias de este género. Menos que nadie pueden ignorarlo los lingüistas, cuya formación va dirigida a darse plena cuenta de hechos que para otros pueden quedar por debajo del umbral de la conciencia. Las *Afrae aures* de San Agustín no son más que un caso particular de un fenómeno general, porque en mayor o menor grado todos somos sordos, hasta los fonetistas, para distinciones que para otros, no mejor dotados que nosotros, son consabidas y triviales. Aquí está el problema central de toda transcripción, sobre el cual no se insiste lo bastante: hay que tomar partido entre lo que el transcriptor cree oír y lo que el hablante cree pronunciar<sup>22</sup>.

9. En una palabra, estamos diciendo cosas completamente distintas y hasta opuestas cuando afirmamos, por un lado, que la lengua (en su forma primaria, hablada) organiza o informa el continuo amorfo de la sustancia de la expresión y cuando sostenemos, por el otro, que esa lengua organiza o informa el continuo amorfo de la sustancia del contenido (alias, *la pensée*). La forma que tiene en nuestra lengua el campo del color, por ejemplo, es una delimitación hecha a ojo de buen cubero, de fronteras vagas y cambiantes, que en nada influye en nuestra percepción del color, aunque sí en nuestras manifestaciones verbales sobre el color. Por el contrario, la forma que la lengua impone al sonido articulado —en cuanto medio de expresión, no en cuanto campo semántico— es una apretada camisa de fuerza de la

---

<sup>21</sup> Tengo la impresión de que, entre la percepción y reproducción mecánicas de distinciones fónicas y la incapacidad total para ambas, quedan dos posibilidades intermedias: que uno consiga distinguir pasivamente, como oyente, lo que no puede imitar acertadamente como hablante, pero también que una persona entrenada pueda articular de manera suficientemente diferenciada sonidos que, sin embargo, no acaba de oír como distintos.

<sup>22</sup> Sobre la complejidad de la correlación entre realidad física (acústica) y perceptiva (auditiva), véase N. Chomsky y M. Halle, *The sound pattern of English*, Nueva York, 1968, págs. 25 y 44. Insisten con toda razón en la necesidad, común a expertos y a legos, de un conocimiento previo de la lengua si han de oír lo que deben oír.

que podemos, sí, librarnos, pero solamente a costa de esfuerzos penosos y continuados y casi nunca de una manera total.

De entre infinitas posibilidades (una infinitud que en virtud de la espacialidad del tracto fonatorio posee la potencia del continuo, no la modesta infinitud del aleph-cero del infinito numerable), cada lengua ha elegido, si se permite emplear una expresión no menos fósil que la que aparece en *The sun also rises*, un número determinado, no sólo finito sino además muy bajo, de στοιχεία: lo más cómodo es hablar de fonemas, dentro de la concepción hoy ya tradicional y hasta tradicionalista, manera de entenderse que tiene por lo menos la ventaja de la simplicidad frente a la representación matricial en rasgos. Pues bien, el número de fonemas, de unidades que *pueden* ser distintivas<sup>23</sup>, aunque no esté fijado en cada lengua de una manera tan tajante como a veces se dice, tiene siempre una cota superior nada elevada: sobre la realidad y rigidez de esta cuadrícula impuesta al locutor y al oyente basta con remitir al siempre actual Sapir, combinación casi única de rigurosa penetración, de variada experiencia y de brillantez expositiva de la mejor ley<sup>24</sup>. Pero la riqueza muy variable de los inventarios fonológicos no parece guardar relación alguna con la finura colectiva del sentido del oído: al menos nadie ha sostenido, que yo sepa, que el buen oído sea más general entre los caucásicos del noroeste, por ejemplo, que entre los hawaianos. Tampoco supone ni pobreza ni riqueza en los medios expresivos de la lengua, ya que la conocida proporcionalidad inversa que existe

---

<sup>23</sup> Ya Daniel Jones afirmaba: «The sounds of separate phonemes do not necessarily distinguish words but they are capable of doing so, and generally do so». Tomo la cita de E. Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, págs. 123 y 157 sig., quien recalca el hecho con ejemplos de oposiciones «afuncionales». A ellos podría agregarse el de las oclusivas sordas aspiradas y no aspiradas en algunos dialectos vascos. Cuando se habla del rendimiento funcional como factor condicionante, se suele descuidar algo el peso de la inercia, la «servidumbre histórica» de que habla Jean Séguéy.

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, *Selected writings of Edward Sapir in language, culture and personality*, ed. David G. Mandelbaum, Los Angeles, 1951, págs. 8, 33 sigs., 46 sigs. No discuto los resultados a que llega James D. McCawley, «Sapir's phonological representation», *IJAL*, 33, 1967, págs. 106-111, pero es claro que Sapir iba más allá de las prácticas usuales en su tiempo al admitir, *inter alia*, que la vocal de *led*, alternante con *lead*, no era en cierto modo la misma que la de *lead* 'plomo', o al explicar por qué el hablante «oía» una -t inexistente en sarcee -ní (pág. 52 sig.).

entre el número de las unidades distintivas y la longitud de las significativas permite, como sucede con la numeración binaria frente a la decimal, una fácil compensación.

10. La formulación más apretada que acierto a encontrar para lo que aquí trato de sugerir es que el único comportamiento individual que está estrictamente determinado por la lengua (es decir, por un sistema que es patrimonio colectivo, por una lengua histórica, como dice Coseriu, con sus variedades de muy distinto orden) es, tautológicamente, el comportamiento lingüístico del individuo. En ese sistema se ha educado su oído, y en ese sistema se han formado sus hábitos articulatorios. También en ese sistema ha aprendido a calificar de 'rojos' ciertos objetos y de 'verdes' otros, pero no es el sistema, sino la vista, lo que le permite separar unos de otros. Es cierto que, de alguna manera, los objetos mismos son distintos unos de otros, ya que *nogá* es un objeto que correspondería a *pie / pierna, pied / jambe, foot / leg*, etc., que son dos objetos. Pero no creo que haya ruso tan obcecado por su lengua que no pueda constatar que en esa 'pierna' indiferenciada hay una parte claramente diferenciable: la que se mueve en torno a la articulación del tobillo y apoya la base en el suelo al andar, la que tantas veces y en todas partes se suele dibujar por separado. Tampoco, a la inversa, deja de ver ningún vasco que entre sus diferenciados *arreba* 'hermana (de hermano)' y *ahizpa* 'hermana (de hermana)' hay mucho de común: un parentesco sentido como igualmente próximo y un sexo también común en el designado. Hace tiempo que la semántica estructural europea, y no creo que ella sola, ha establecido que en una red de relaciones existen puntos o nodos cuya realidad para el hablante no deja de existir porque carezcan de significante expreso. En caso de necesidad, siempre pueden recibirlo, como ha ocurrido con *sibling*, nacido como todos saben de las necesidades técnicas de la antropología de habla inglesa.

El Brocense<sup>25</sup>, y no fue posiblemente el primero ni el único, señala el muy diferente trato (que tiene, al parecer, por un universal del comportamiento humano) que reciben sobrinos y nietos de sus respectivos tíos y abuelos: «*Nepos*, inquit Charisius, *significat, & cer-*

<sup>25</sup> *Minerva*, IV, 15, pág. 767 sig. de la ed. de Amsterdam, 1742. Supongo que ahí *patruus* (= *patruus* + *auunculus*) es 'tío' a secas.

*tum cognationis gradum, & rei avitae consumtorem. Mihi tantum significat filiorum filium. Romani pueri patruis tradebantur erudiendi & castigandi: unde proverbium; Ne sis patruus mihi: quia patroi, etiamsi ament, nesciunt ad peccata connivere. Avi contra impotentius amant, omnia indulgent, castigare nesciunt; inde Nepotes evadunt perditissimi». Francisco Sánchez, en defensa de su causa que no es precisamente la de los relativistas modernos, se ha olvidado de que *nepos* no era sólo «filiorum filius», sino también «fratrum sororumue filius», acepción que ha desplazado a la otra en las lenguas románicas. Lo que queda de manifiesto es que dos clases de personas pueden tener actitudes muy distintas, en hechos y en sentimientos, frente a una clase denotada por *nepotes* de una manera indiscriminada<sup>26</sup>.*

Un francés no distingue entre *apes* y *monkeys* (más o menos *monos* y *monas* en alguno de los empleos), puesto que los llama *singes*<sup>27</sup>. Pero ese mismo francés, si se da de manos en boca con un miembro de la clase en un lugar solitario, no tendrá probablemente la misma reacción según se trate de un 'singe' tití o de un 'singe' gorila. Habría, por otra parte, una curiosa similaridad de comportamientos en un caso y en otro entre la mayoría de las personas de habla inglesa y la mayoría de las personas de habla francesa, comprobable entre otras maneras por la actividad de las cápsulas suprarrenales.

11. En todo esto, creo yo, hay mucho de temor supersticioso a la fuerza mágica de las palabras, de ese temor que solemos atribuir a los primitivos, acaso un tanto gratuitamente. Es verdad que con frecuencia la palabra, hasta la palabra casual, hace que cristalicen ideas y sentimientos. Más cierto todavía que ningún pensamiento llega a merecer el nombre de tal hasta que adquiere forma articulada. Una insurrección queda en mera revuelta si su programa no se con-

<sup>26</sup> También para muchos vascos, entre los cuales me cuento, hay un único *iloba* 'nieto' y 'sobrino', sin diferencia de sexo, pero también entre ellos contrasta la chochera indulgente hacia unos con la actitud más distante hacia los otros. Bien es verdad que el otro término de la relación tiene nombre distinto en un caso y en el otro.

<sup>27</sup> Naturalmente que el francés puede distinguir en su lengua, sin mayor dificultad, los monos grandes de los pequeños: lo que sucede es que la distinción no es obligada, del mismo modo que, en el terreno gramatical, *il écrit* corresponde normalmente a *escribe / está escribiendo, he writes / he is writing*.

creta en un molde oral. Pero será necesario que las palabras no sean simples *flatus uocis*, sino que acierten a incorporar las aspiraciones mudas de los descontentos y a dirigir sus fuerzas con el mayor ímpetu posible contra los puntos de menor resistencia. De otro modo, sin un cálculo exacto de impulsos y energías, la mejor retórica llevará al mayor fracaso. Dicho de otra manera, el «verbo» no será más que el vehículo necesario de unas fuerzas que podrá potenciar, pero no crear *ex nihilo* ni conducir en direcciones que no sean las determinadas por las condiciones del momento.

Los creyentes en la omnipotencia de la palabra se encuentran entre los médicos o curanderos de la salud mental, individual o colectiva, y también cada vez más entre los que manipulan o creen manipular la opinión pública, discípulos conscientes o ignorantes de un conocido doctor que opinaba, con toda razón, que una mentira ocupa el mismo espacio, hablado o escrito, que una verdad. De ahí salen los eufemismos de preciosa ridícula como *invidente*, donde a mí al menos el sustituto me suena peor que el nefando sustituido por evidentes razones etimológicas<sup>28</sup>; de ahí las delicadas paráfrasis como *rectificación estratégica*, *reajuste de precios* o *conflicto laboral*, que la gente, aun la no iniciada, aprende muy pronto a traducir.

Orwell, el escritor que ha tenido probablemente la visión más negra sobre las posibilidades técnicas para deformar la mente humana, sabía muy bien que no era un mero problema de lenguaje: el lenguaje no era más que un instrumento, un medio más entre otros muy eficaces, para imponer una manera de pensar o de no pensar. Que los medios lingüísticos no son suficientes lo demuestra con evidencia un ejemplo que tenemos bien a mano. No se sabe quién fue el primero, puesto que nadie se ha cuidado de salvar su nombre para la posteridad, que encontró entre nosotros el medio, genial en su simplicidad, de superar la lucha de clases: como ésta suponía trabajadores de una parte y patronos de otra, grupos distintos y por ello mismo de intereses diversos, bastaba con descubrir un término que subsumiera a ambos, *productores*, con lo que los intereses de todos, que eran tautológicamente los intereses de los productores, se identificaban por

---

<sup>28</sup> Nadie había pensado, a lo que se ve, en la irreverencia u ofensa que suponía calificar de τωφλός, *caecus*, al buen Homero.



definición<sup>29</sup>. Los resultados que ha conseguido este audaz innovador semántico hablan por sí solos.

12. Me limitaré a comentar brevemente para concluir algunas otras posturas hijas del talante que vengo examinando o de alguno muy similar<sup>30</sup>. Ogden y Richards, por citar una muestra, sostenían: «Un inglés, un francés, un alemán y un italiano no pueden, de ninguna manera, llegar a pensar en forma exactamente igual, al menos sobre asuntos que impliquen cierta profundidad de sentimiento: no poseen los medios verbales para ello»<sup>31</sup>. Aparte de que tampoco hay, probablemente, dos ingleses que puedan hacerlo, a pesar de disponer de los medios verbales, ¿quién no ve que aquí se pasa, sin transición que lo justifique, de pensamiento a sentimiento? El viejo Schuchardt andaba bastante más cerca de la verdad cuando comentaba: «Ein Mensch kann in mehreren Sprachen vielleicht gleich *scharf denken*, aber nicht gleich *warm fühlen* (vgl. Barbusse: 'das *Ido* ist vorderhand nicht fähig, die Nationalsprachen als Ausdruck des Gefühlsleben zu ersetzen')»<sup>32</sup>.

Otro botón. Según Mounin, *op. cit.*, pág. 273, «le mot *surface* et le mot *courbe* à la fin du XIX<sup>e</sup> siècle, étaient des fossiles linguistiques, empêchant la mathématique d'apercevoir l'extension complète de la notion de surface et de la notion de courbe que cette mathématique était capable d'atteindre». A mi entender, y me remito sin apelación a la decisión de los iniciados en esa disciplina y de los historiadores de

---

<sup>29</sup> Para la historia de la voz, merece indicarse que había sido ya empleada, precisamente en ese terreno, aunque con valor muy distinto. Una canción, casi incorporada al folklore español, que no parecía tener connotaciones de partido, empezaba al menos así: «La tierra será de todos; no habrá más que productores. Se acabaron los señores que vivan sin trabajar».

<sup>30</sup> Así que «l'expérience personnelle est incommunicable *dans son unicité*» no es, con la venia de Mounin (*op. cit.*, pág. 278), un descubrimiento de la lingüística contemporánea: es uno de los más venerables lugares comunes, a cuenta del cual se han derramado en todo tiempo torrentes de tinta y de lamentos, lo cual no significa que no responda a una realidad, sino todo lo contrario.

<sup>31</sup> *Op. cit.*, pág. 25, siempre según la traducción mencionada.

<sup>32</sup> Leo Spitzer, *Rev. Int. de Estudios Vascos*, 21, 1930, 598, carta de 1920. Esta es una de las razones por las que algunos bilingües prácticamente ambidextros consideran, sin embargo, que una de las dos lenguas es más suya que la obra, o que es la suya, sin más.

la matemática, no eran las palabras 'curva' y 'superficie', sino el contenido intuitivo de que estaban cargadas la *noción* de curva y la *noción* de superficie, lo que era una traba para su generalización. Basta con recordar, pero sólo puede recordarse esto a quien se ha tomado el trabajo de intentar la iniciación más modesta, las dificultades con que tropieza el principiante ante los «espacios» abstractos de la matemática actual.

Finalmente, transcribo las palabras de Mounin (pág. 278) en que nos anuncia la feliz nueva de que la traducción es posible *malgré tout*: «que, par référence aux situations partagées par le locuteur et l'auditeur ou par l'auteur et le traducteur, la communication reste possible». Si el conocimiento humano no es meramente pasivo, sello que desde el exterior se imprime sobre una cera inerte —y al parecer hemos admitido que las lenguas, lenguas distintas, son mediadores necesarios de ese conocimiento—, entonces tendremos que aceptar también que hablante y oyente, autor y traductor, comparten algo mucho más fundamental que ciertas situaciones: una capacidad común de lenguaje y también, creo, unas «formas» comunes de percibir y unas «formas» comunes de entender<sup>33</sup>. Este es el supuesto implícito en que basamos nuestros intentos de comunicación a través y por encima de las barreras individuales y lingüísticas y, por lo que se ve, con las limitaciones que se quiera, este supuesto no ha sido nunca refutado por la experiencia.

13. No puedo resistirme a la tentación de añadir unas palabras sobre la relación entre las categorías gramaticales y las categorías

---

<sup>33</sup> Me da igual que esta comunidad sea innata o adquirida. Incidentalmente, nada tiene esto que ver con que habitemos o no el mismo planeta: el hombre de hoy tiene otras posibilidades casi al alcance de la mano. Como esto tiene un vago sabor kantiano, señalaré que, según Roger L. Brown, *Wilhelm von Humboldt's conception on linguistic relativity*, La Haya-París, 1967, pág. 90, Humboldt substituyó, creo, los moldes comunes de Kant por los diferentes de lenguas diferentes. Kenneth Stern, *Language and philosophy*, pág. 194, cree, y no pienso que ande muy descaminado, que el racionalismo de Chomsky congenia más con Kant que con el racionalismo del siglo XVII, tan a menudo invocado. En otro aspecto, los muchos lamentos que he tenido que leer al preparar estas líneas sobre las trabas que la lengua impone al pensamiento, me traen a la memoria el ave mítica del de Königsberg que se quejaba de que el aire le embarazara para poder volar libremente.

lógicas y ontológicas. Parto del supuesto, nada original, de que las lenguas y la traducción entre ellas, por consiguiente, se mueven entre dos polos: la prosa utilitaria, de una parte, en que las dificultades de versión (sobre todo de léxico, fáciles en último extremo de salvar) son mínimas, y de la otra, la lírica en que la única traducción posible es la recreación, porque la forma verbal es tan esencial como el contenido. Y, como según el dicho de los viejos progresistas españoles, la metafísica tiene una cierta propensión a moverse de tejas arriba, al igual que los gatos, no tendría inconveniente en conceder que bastante de lo que se llama metafísica es, en el fondo, poesía lírica de mejor o peor calidad.

Concedido esto, creo que nuestras críticas, las de los lingüistas, podrían ser algo más consecuentes de lo que son a veces. Para volver a Mounin, éste sostiene en la pág. 207 de su obra reiteradamente citada que la vieja gramática lógica asimiló pura y simplemente —y erróneamente, como es natural— las categorías lógicas de Aristóteles a las categorías gramaticales, tomando éstas por la expresión lingüística de aquéllas. Pero en la pág. 49 ya nos había advertido que Benveniste había acabado por demostrar formalmente que las categorías lógicas enumeradas por Aristóteles no son más que la trasposición en términos filosóficos de *categorías de lengua* propias del griego<sup>34</sup>. En tal caso, o yo entiendo muy mal las cosas o los funestos gramáticos lógicos se limitaron a dar a la lengua lo que era de la lengua. Mejor dicho, lo que hicieron fue restituir a la lengua lo que Aristóteles le había robado al dar como lógico lo que sólo era lingüístico. A lo sumo se equivocaron de lengua al atribuir al latín o al francés lo que era privativo del griego. Pero ¿se puede sostener seriamente entre lingüistas que las categorías gramaticales griegas difieren en lo fundamental de las latinas y hasta de las francesas?

Ahora que se ha levantado la veda que prohibía mentar la mente, podemos decir que los hechos de lengua o de habla, por su doble vertiente exterior e interior, conceden a la lingüística una posición privilegiada, aunque no la única privilegiada, para prestar una con-

---

<sup>34</sup> Y recoge las palabras de Charles Serrus, según el cual esta opinión falsa nacía del hecho de que «on était dupe d'une certaine métaphysique spontanée de la langue grecque».

tribución útil al conocimiento del hombre. Pero tendremos que mirar un poco a nuestro alrededor y no seguir con los ojos vueltos hacia dentro si queremos que esto sea algo más que una posibilidad frustrada y una esperanza vana.

LUIS MICHELENA